

Félix Ardanaz, de San Petersburgo a la ORTVE

■ por Susana Castro

El pianista y director de orquesta Félix Ardanaz lleva una carrera imparable. Después de haberse presentado en algunos de los teatros más importantes del mundo como pianista (Carnegie Hall, Musikverein, Filarmónica de Berlín, etc.), ahora mismo está centrado en su carrera como director, tras llevar la batuta en la Filarmónica de San Petersburgo, en el Festival Tanglewood y en el Festival de Aspen de Estados Unidos, entre otros muchos escenarios. En nuestro país ya ha estado al frente de algunas de las orquestas más importantes: Filarmónica de Málaga, Sinfónica de Bilbao, Sinfónica de Extremadura, Sinfónica del Principado de Asturias o la Sinfónica de la Región de Murcia, por citar solo algunas. Este mes de mayo debutará al frente de la Orquesta Sinfónica de San Petersburgo con dos grandes obras de la tradición rusa, y el 14 de junio se subirá al podio de la Orquesta Sinfónica RTVE por primera vez, repitiendo el 28 de ese mismo mes con un programa familiar. ¿Joven promesa? Yo diría que las promesas se han cumplido y que Ardanaz ya tiene su propio espacio en el mundo de la dirección.

En Melómano hemos seguido tu actividad como pianista, incluso te entrevistamos en estas mismas páginas hace unos años, pero ahora queremos hablar de tu faceta como director. Empecemos por el principio: ¿cuándo comenzó a interesarte la dirección de orquesta?

Comencé los estudios superiores de piano y dirección de orquesta al mismo tiempo, en el Centro Superior de Música del País Vasco (Musikene). En realidad, la dirección de orquesta comenzó a interesarme casi desde que empecé a tocar el piano. Recuerdo que, siendo muy pequeño, y antes de empezar las primeras clases de piano, vi a Claudio Abbado por la televisión dirigir a la Filarmónica de Viena. Me parecía mágico, que unos movimientos con los brazos pudieran producir ese sonido. Todavía hoy me sigue pareciendo casi un milagro.

¿Cuáles han sido tus maestros hasta ahora? ¿Qué te hizo decantarte por Varsovia, Londres y Viena para continuar con tu formación de dirección orquestal? Empecé a aprender la técnica de la dirección con Enrique García Asensio y Manel Valdivieso, en Musikene. Después, me seguí formando con los maestros Yves Abel, Christoph Eschenbach, Robert Spano, Simeon Pironkoff, Mark Stringer, Johannes Debus y Alexander Polianichko.

A Varsovia me llevó mi fascinación por la música de Frédéric Chopin. A Londres fui para realizar un máster en la Royal Academy of Music. Más tarde, elegí Viena por ser una escuela legendaria para los directores de orquesta.

Has dirigido a un buen número de formaciones extranjeras, ¿qué compromisos recuerdas con mayor entusiasmo?

Probablemente el concierto que recuerdo con más cariño sea *Carmen*, de Bizet, en la Filarmónica de San Petersburgo. Dirigí esta ópera en mayo del año pasado, y tuve el honor de trabajar con cantantes del Teatro Mariinski.

Me encanta trabajar en Rusia, por el amor y la dedicación con la que todos los músicos se entregan durante los ensayos y los conciertos. La música en Rusia es mucho más que una profesión, es casi una religión.

Precisamente, ahora estás de nuevo en San Petersburgo, y debutarás como director con la legendaria Orquesta Sinfónica de San Petersburgo. ¿Cuáles son tus impresiones? ¿Percibes alguna diferencia entre las orquestas rusas y las centroeuropeas?

Siento una gran responsabilidad al dirigir a la Orquesta Sinfónica de San Petersburgo de la mano de dos obras magnas de



«Me encanta trabajar en Rusia, por el amor y la dedicación con la que todos los músicos se entregan»

la literatura orquestal rusa: la *Quinta sinfonía* de Chaikovski y la *Quinta sinfonía* de Shostakóvich.

En efecto, existen grandes diferencias entre la manera de responder al gesto del director, entre una orquesta rusa y otra centroeuropea. Las orquestas rusas responden con un retardo mucho mayor al gesto del director, porque hacen casi música de cámara (se escuchan mucho entre ellos). Además, las orquestas rusas se impregnaron de la técnica de Ilya Musin, el maestro de los maestros en Rusia, cuya técnica de la dirección favorecía este retardo tan característico.



© Orpheus Classical

El pasado verano, entre otras citas, participaste en el mítico Festival de Tanglewood, creado por Leonard Bernstein y vinculado a la Orquesta Sinfónica de Boston. El verano anterior dirigiste en el Festival de Aspen, el otro gran festival americano. ¿Cómo fueron estas experiencias? ¿Tienes muchos vínculos con Estados Unidos?

Fueron experiencias muy enriquecedoras. Aspen y Tanglewood son dos festivales inmensos, que producen de media dos o tres conciertos sinfónicos al día durante todo el verano. Es un ritmo frenético al que no estamos acostumbrados en Europa, por lo que es todo un reto para los directores. Hay poco tiempo de ensayo, y hay que llegar con las ideas muy claras para que todo funcione. A Estados Unidos vuelvo por lo menos una o dos veces al año, sobre todo a Nueva York, ciudad con la que guardo muchos vínculos profesionales. En julio de este año volveré a actuar en el Carnegie Hall.

Has hablado de la ópera *Carmen* que dirigiste en la Filarmónica de San Petersburgo, pero también has dirigido otras muchas. Hace unos meses estuviste de gira por la República Checa, con los títulos *Eugene Onegin* de Chaikovski y *Così fan tutte* de Mozart. También has trabajado como director asistente en tres teatros legendarios: Metropolitan Opera House, Royal Opera House y Opera di Roma. ¿Qué peso tiene la ópera en tu actividad? ¿Te gustaría dedicar más al repertorio sinfónico o al operístico?

Me fascina dirigir ópera. Es un mundo totalmente distinto al sinfónico: la técnica del director para acompañar cantantes no tiene nada que ver a la técnica del repertorio sinfónico. Combinar ambos mundos es muy interesante para un director joven, pero también necesario.

Hoy en día, prácticamente todos los directores se reparten entre ambos ámbitos, el sinfónico y el operístico. La ópera tiene además la dificultad de aglutinar otras disciplinas artísticas (la escenografía, el teatro, la literatura, etc.), lo que dificulta la labor del director; pues hay que tener en cuenta todo en pro de lo que Wagner definía como «la obra de arte total».

También te has subido al podio de muchas de las orquestas españolas más importantes, como la Sinfónica de Extremadura, la Sinfónica del Principado de Asturias, la Sinfónica de Bilbao o la Filarmónica de Málaga. ¿Qué crees que diferencia a las orquestas españolas de las extranjeras, si es que encuentras diferencia alguna?
Las orquestas españolas cuentan con grandísimos profesionales en la actualidad, que han venido de países de todo el mundo. Es un nivel que no podía soñarse en nuestro país hace tan solo unas décadas. En España, las orquestas españolas siguen la tradición centroeuropea: el tiempo de reacción entre el gesto del director y el sonido es mucho menor que en las orquestas del este, sobre todo las rusas.

El próximo 14 de junio debutas al frente de la Orquesta Sinfónica RTVE, ¿cómo abordas este concierto? ¿Qué repertorio has elegido?

Estoy muy emocionado de tener esta oportunidad. Desde muy pequeño veía por televisión los conciertos de la Orquesta Sinfónica RTVE, y dirigirla es todo un honor y, naturalmente, una gran responsabilidad.

En el concierto dirigiré la *Novena sinfonía* de Dvorák, una de las grandes sinfonías de toda la literatura orquestal. Además, contaremos con los brillantes solistas de Juventudes Musicales para el *Concierto de dos pianos y percusión* de Bartók (interpretado por Susana Gómez, Álvaro Mur, Noé Rodrigo y Guillem Serrano) y las *Cinco canciones negras* de Montsalvatge (a cargo de la mezzosoprano Helena Resurreição).

El concierto gira en torno a la idea de los «nuevos mundos»: la *Novena sinfonía* de Dvorák, la vanguardia que supuso en su momento este concierto de Bartók, y las innovaciones tonales de Montsalvatge.

¿Te impresiona el hecho de que el concierto se grabe y retransmita posteriormente en televisión?

En absoluto, la responsabilidad es la misma que en un concierto que no se graba: muy grande. Por el contrario, siempre me gusta que, en la medida de lo posible, los conciertos se graben en vídeo, o por lo menos en audio. Es una manera de dejar constancia de la labor realizada, y a la vez nos permite a los músicos aprender y evolucionar muchísimo.

Todos los músicos sabemos lo revelador que resulta contemplar un vídeo de un concierto al cabo de unos años. Es entonces cuando te das cuenta de toda la evolución personal que se ha llevado a cabo en ese intervalo.

Y, en general, ¿con qué tipo de repertorio te sientes más cómodo?

Abordo todos los estilos y compositores, desde el Barroco hasta la música contemporánea. Pero he de reconocer que tengo una predilección especial por el repertorio romántico y de principios del siglo XX.

Me apasionan las grandes sinfonías del XIX, Chaikovski, Schumann, Brahms, el último Beethoven, Berlioz, etc. Además, el Impresionismo de Debussy y Ravel, y la música rusa de principios del XX también me encantan. Son dos escuelas que parecen muy alejadas, pero que en realidad no lo están: la ciudad de París fue el vínculo de unión entre las mismas, de la mano de los ballets rusos de Diaghilev. París era la capital cultural del mundo en esa época, y casi todos los grandes compositores construyeron sus carreras desde ahí en ese momento. Pensemos en Stravinski, pero también en Falla, Albéniz y Granados.



© Orpheus Classical



© Orpheus Classical

¿Has dejado a un lado tu carrera como pianista o esperas poder combinar ambas facetas?

En la actualidad intento focalizarme especialmente en la dirección de orquesta. Es una disciplina que exige muchísima dedicación. No he abandonado el piano en absoluto, pero ahora prefiero concentrarme en el repertorio de música de cámara, que es también apasionante.

Hace muy pocos meses has debutado en Musikverein de Viena y en la Filarmónica de Berlín. ¿Cómo fue la experiencia de actuar en estas salas tan legendarias?

Me gusta pensar que cada sala tiene un alma, porque han contemplado a cientos de artistas con el paso de los años. Actuar en salas como Musikverein o la Filarmónica de Berlín no es fácil, pues te imaginas toda la historia que hay detrás de ellas, todo lo que esas paredes han visto en las últimas décadas. ¡Te sientes diminuto de repente!

Hace un año se publicó tu disco *Vienna*, con obras de Mozart, Beethoven y Schubert. Constituye tu quinto proyecto discográfico. ¿Tienes algún proyecto de grabación en mente?

Estoy perfilando mi primer disco como director, que se llevará a cabo con una gran orquesta extranjera que no puedo desvelar. Tengo varias ideas de repertorio en la cabeza, pero es pro-

«Me fascina dirigir ópera»

«Lo más importante para un joven director es tener referencias, pero no imitarlas nunca»

bable que gire en torno a la idea de España vista desde fuera, es decir, obras de compositores que convergieron en París a principios del siglo XX, de temática completamente española.

¿Te gustaría tener más presencia en la escena española o te gusta poder dirigir en lugares del mundo tan diferentes?

Me encanta volver a mi país. Es siempre una experiencia muy enriquecedora, en lo humano y en lo profesional. Ahora vivo en París, y viajo a menudo a otros países. Es algo necesario para un director joven: se aprende mucho comparando las distintas escuelas y tradiciones orquestales. Naturalmente, me encantaría poder actuar como director en España más a menudo.

Si tuvieses la oportunidad de crear tu propia orquesta, ¿qué elementos no podrían faltar en ella? ¿Cuáles serían tus principales líneas de trabajo?

Muy a menudo pienso sobre ello. Creo que en España hay una generación increíble de músicos jóvenes de un grandísimo talento que, por desgracia, se ven obligados a emigrar para poder realizar su profesión.

Falta apoyo institucional, y también patrocinio privado. No tenemos leyes de mecenazgo a la altura de los países anglosajones, y ello hace que la música clásica y la cultura en general vivan una realidad cada vez más precaria.

Sería estupendo que en nuestro país existiera una orquesta joven de gran proyección internacional, como la Gustav Mahler Jugendorchester, que permitiera a los músicos de gran talento continuar su formación y emprender el inicio de su carrera profesional al mismo tiempo.

Además de toda esta actividad que comentamos, eres el director artístico del sello discográfico Orpheus Classical, que se encuentra ahora mismo en plena expansión internacional. Háblanos sobre este proyecto tan personal que se ha convertido en sinónimo de calidad.

Orpheus Classical tiene ya tres sedes (Madrid, Nueva York y París). Nunca pensé que este proyecto pudiera adquirir esta envergadura, y por supuesto me llena de alegría. El apoyo a los músicos españoles y a las nuevas generaciones ha sido y seguirá siendo un aspecto fundamental de Orpheus Classical. Hace poco se ha creado el «Orpheus Classical Music Award», que será entregado en salas de renombre (Carnegie Hall, Berlin Philharmonie y Musikverein) a las mejores grabaciones realizadas el año anterior.

¿Qué grandes directores son tus referencias? ¿Cuál crees que debe ser el papel de las nuevas generaciones de directores después de ellos?

Mis modelos son Claudio Abbado y Carlos Kleiber. De Abbado me quedo con el increíble lirismo que transmitía, su fraseo redondo y su profunda emotividad. De Carlos Kleiber me fascina su naturalidad y libertad gestual, única en la historia.

Lo más importante para un joven director es tener referencias, pero no imitarlas nunca. Es fundamental desarrollar un lenguaje gestual personal, y abordar la profesión con humildad y respeto al mensaje que los grandes genios nos han transmitido con sus obras. ■

